

niendo á veces medio duro, otras uno, y en algunas ocasiones hasta cinco, procediendo todas ellas de los individuos que recobraban la libertad. El decano aceptaba estos donativos como un libre tributo ofrecido al personaje oficial por sus súbditos agradecidos. Sin embargo, esta benéfica correspondencia comenzó á languidecer al cabo de cierto tiempo, sin duda porque no todos estaban en disposición de ocuparse en escribir al momento de una marcha precipitada; y entonces el decano tomó la costumbre de acompañar hasta la puerta de salida á los presos de cierta importancia, cuando obtenían la libertad. El favorecido así honrado, después de estrechar la mano del antiguo preso, deteníase generalmente para envolver alguna cosa en un pedazo de papel, y después de alejarse algunos pasos, volvía presuroso gritando:

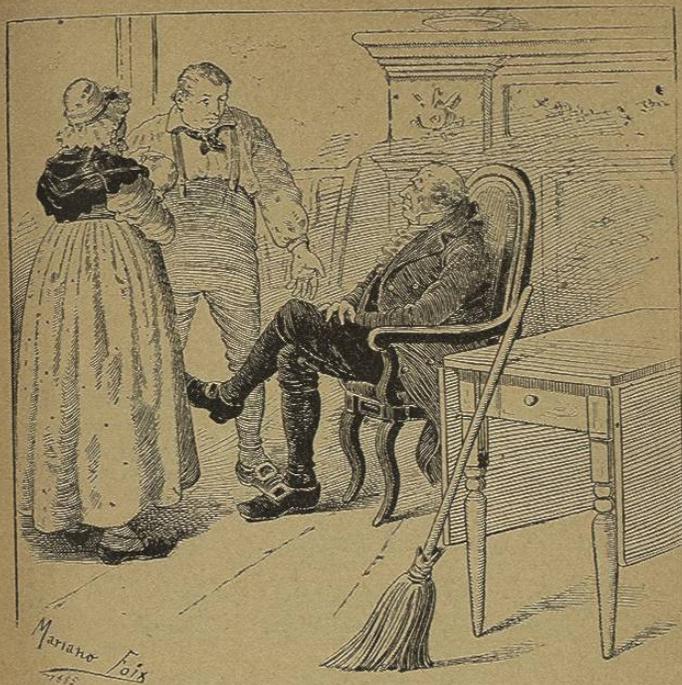
—¡Eh! ¡Oiga usted!

El decano volvía la cabeza con aire sorprendido, preguntando á su interlocutor:

—¿Es á mí á quien usted llama? ¿Se le ha olvidado alguna cosa?

—Sí—contestaba el otro,—se me olvidaba entregar á usted esto para el Padre de la Mariscalía.

—Caballero—replicaba el decano,—el Padre de la Mariscalía queda profundamente agradecido.



CAPITULO VII

La hija de la Mariscalía

La niña que al venir al mundo había aspirado con su primer aliento el olor del aguardiente del doctor Haggage, debía ser conocida sucesivamente por todas las generaciones de los habitantes de la prisión (en la Mariscalía se calculaba que estas generaciones eran de tres meses, por término medio,) como había sucedido con su Padre común. Cada uno de los que ingresaban en el establecimiento, como *pensionista*, veíase obligado, por decirlo así, á coger en brazos á la niña nacida en aquella prisión.

—Según costumbre—dijo el carcelero la primera vez que le enseñaron la niña,—á mí me corresponde ser su padrino.

El decano reflexionó un instante y preguntó después:

—¿Consentiría usted verdaderamente en ser su padrino?
 —¡Oh! *yo* consiento de muy buena gana—repuso el carcelero,—si usted quiere aceptarme.

Sucedió, pues, que la niña fué bautizada un domingo por la tarde, cuando el carcelero pudo, una vez relevado de su guardia, presentar su ahijada ante las fuentes bautismales de la iglesia de San Jorge, donde, usando las mismas frases que él pronunció á su vuelta, había renunciado en nombre de la pequeña á Satán, á sus pompas y á sus obras.

Esta circunstancia dió al carcelero nuevos derechos sobre la niña, sin contar los que ya le confería su posición oficial; y así es que cuando la pequeñuela comenzó á hablar y andar, aficionóse cada vez más á ella. Compróle un pequeño sofá, que colocó ante la vasta chimenea de su habitación, para tenerla á su lado cuando estaba de guardia, y atraíala siempre con el cebo de algunos juguetes poco costosos. La niña se aficionó también á su padrino, porque le gustaba saltar los peldaños de la escalerilla que conducía á su cuarto; cuando dormía en su sofá, cerca de la chimenea, el carcelero cubría su rostro con un pañuelo; y si estaba despierta, vistiendo y desnudando una muñeca, que acabó por no parecerse en nada á las del mundo entero, contemplábala con ternura desde lo alto de su sillón oficial.

¿A qué edad la precoz niña comenzaría á sospechar que no todo el mundo vivía encerrado bajo llave entre altas paredes coronadas de puntas de hierro? Este sería un punto difícil de aclarar, pero ello es que era muy pequeña aun cuando echó de ver que debía soltar la mano de su padre en el umbral de aquella puerta que su padrino abría con una gran llave; y que sus ligeros pies eran libres de franquear, mientras que los de su padre no debían traspasarlo nunca. La mirada compasiva que, desde muy joven, había comenzado á fijar en su padre, fué sin duda uno de los resultados de este descubrimiento.

Durante los ocho primeros años de su vida, la hija de la Mariscalía, la hija del decano de los presos, continuó sentándose diariamente á la chimenea, en la habitación de su amigo el carcelero, corriendo por el cuarto de su padre ó vagando por el patio de la cárcel, siempre con la mirada fija en su caprichosa hermanita, en su perezoso hermano ó en los altos muros de la prisión. Esto no le impedía, sin embargo, cuando hacía buen tiempo, contemplar pensativa largo rato el cielo azulado á través de los barrotes de la ventana.

—¿Piensas en las praderas, eh?—le preguntó un día el carcelero, después de observarla un buen rato.

—¿Dónde está eso?—preguntó la niña.

—Allá abajo—contestó el carcelero,—poco más ó menos por este lado.

—¿Hay alguien encargado de abrirlas y cerrarlas? ¿Están bajo llave también?

Esta pregunta sorprendió un poco al carcelero, que no sabiendo al pronto qué responder, contestó luego:

—¿Bajo llave?—repitió.—No todas.

—¿Y son bonitas?

—Deliciosas; están llenas de flores y de otras cosas encantadoras.

—¿Se puede uno divertir mucho allí?

—¡Ya lo creo!

—¿Ha ido mi padre alguna vez?

—¡Hum!—murmuró el carcelero;—sí... sí; ha ido... algunas veces.

—¿Le molesta no poder ir?

—No... creo que no mucho.

—¿Ni á los otros tampoco?—preguntó la niña, dirigiendo una mirada á la multitud ociosa que se paseaba por el patio con aire aburrido. ¿Será esto verdad?

Esta conversación y otras por el estilo, dieron origen á las excursiones domingueras que se organizaron, y en las que el carcelero, llevando siempre de la mano á la niña, recorría con ella alguna verde pradera, dejándole coger cuantas fores se le antojaban, mientras que él fumaba tranquilamente su pipa. Más tarde visitaron los jardines públicos, y el carcelero llevaba siempre á su ahijada á tomar cerveza ó alguna golosina. Después volvían á la prisión, siempre cogidos de la mano, á menos que la niña, cansada del paseo, no se durmiese en brazos de su padrino.

Apenas había cumplido la pequeña Dórrit los ocho años cuando su padre enviudó; y á partir de aquel momento, la niña se impuso una nueva misión, la de cuidar del Padre de la Mariscalía. Hubo de renunciar al alojamiento más alegre de su padrino para hacer compañía al viudo, y de tal modo acostumbró á éste á su presencia, que le llegó á ser indispensable tenerla á su lado. He aquí la puerta por donde la niña pasó desde la infancia al aprendizaje de un mundo lleno de sinsabores y engaños.

¿Qué pensó la niña, en aquella temprana época de su exis-

tencia, de su padre, de su hermana y del hermano que vivían con ella en la misma prisión? ¿Quiso Dios no darle á conocer sino una parte de la triste verdad? Estos son secretos misteriosos que suelen quedar sepultados para siempre. Baste saber que la niña se inspiró en el deseo de ser activa y laboriosa, sólo por amor á su familia y para poder ayudarla con sus servicios. ¿Llamaremos á esto inspiración? ¡Sí! hablemos de la inspiración de un poeta ó de un sacerdote, y por lo tanto, bien podemos dar el mismo nombre al sentimiento de un corazón impelido por el amor y la abnegación á llenar la más humilde de las misiones en la más humilde peregrinación de la vida.

De este modo, sin ningún amigo que la ayudara, ni con ella departiese, salvo su singular compañero, el carcelero; sin la menor idea de las costumbres de la sociedad que vive fuera de las prisiones; venida al mundo y educada en una posición social que á todas luces parecería falsa, y bebiendo desde su infancia en una fuente impura, cuyas aguas tenían un sabor malsano y corrompido, la hija de la Mariscalía comenzó á ser mujer.

A los trece años sabía leer, escribir, y las cuatro reglas; de modo que podía apuntar muy bien el nombre y el precio de los artículos de primera necesidad para la familia, determinando la suma requerida para la compra. De vez en cuando había hallado medio de hacer frecuentes escapatorias á una escuela fuera de la prisión, asistiendo á la clase de noche, y también pudo conseguir que su hermano y hermana fueran enviados á otras escuelas: en la prisión no podían instruirse, y la niña Dórrit comprendía que un hombre abatido hasta el punto de llegar á ser Padre de la Mariscalía, apenas podía ser padre de sus propios hijos.

A estos escasos medios de educación agregó otro ideado por ella misma. Entre la multitud heterogénea de presos llegó á encontrarse un día un maestro de baile; la hermana mayor tenía mucha afición á la danza; y su hermanita, resuelta en su propósito, presentóse una mañana al profesor con un saquito en la mano.

—Señor—le dijo,—yo he nacido aquí.

—¡Ah! ¿es usted la señorita que...?

—Sí, señor—interrumpió la joven.

—¿Y en qué puedo complacer á usted?

—No pido nada para mí, caballero—replicó la niña, desatando los cordones de su saquito;—pero si mientras se halle

usted aquí quisiera dar lecciones á mi hermana... por poco precio...

—Hija mía, le daré lecciones por nada—interrumpió el maestro de baile, cerrando el saquito.

Ahora bien, este profesor de baile era el más bello sujeto que nunca llegara, de pirueta en pirueta, hasta la prisión por deudas; y como tal cumplió su palabra.

En cuanto á la hermana mayor, demostró tal disposición para el arte coreográfico, y el maestro tenía tantas horas de qué disponer (le faltaban unas diez semanas para balancear á sus acreedores,) que la discípula hizo grandes progresos, hasta el punto de que el profesor, deseoso de dar pruebas de su saber antes de marcharse, quiso que la joven bailase un *minué de corte* ante la aristocracia de los presos: la representación tuvo lugar al aire libre, con gran aplauso de los espectadores.

Este feliz resultado, que indujo al profesor á continuar las lecciones después de haber recobrado la libertad, estimuló á la pequeña Dórrit á obtener algo para sí. Durante meses enteros acechó la llegada de una costurera, y habiendo ingresado al fin en la prisión una modista, presentóse á ella sin vacilar.

—Dispéñeme usted, señora—le dijo, entreabriendo tímidamente la puerta de la detenida, á la que halló acostada y llorando amargamente;—yo he nacido aquí.

Debe suponerse que la primera persona de quien se oía hablar al entrar en aquella cárcel era de la joven, pues la modista se incorporó en su lecho y repuso, como lo había hecho el maestro de baile:

—¡Ah! ¿es usted la niña...?

—Sí, señora.

—Siento mucho no tener nada que dar á usted—replicó la modista moviendo la cabeza.

—No he venido para eso; sólo quisiera, señora, aprender un poco de costura.

—Ante el ejemplo que tiene en mí, no sé cómo quiere usted aprender esto—dijo la modista;—bien ve que me ha servido de poca cosa.

—Ya conozco que los que vienen aquí no han hallado muchos recursos en su profesión—contestó la joven con sencillez;—pero no importa; quisiera aprender á pesar de todo.

—Temo que sea usted demasiado débil.

—No lo crea usted, señora.

—¡Es usted tan pequeñita, amiga mía!

—En efecto, temo serlo demasiado—contestó la niña sin poder reprimir sus sollozos.

La modista, que no era perezosa ni tenía mal corazón, y que sólo estaba de mal humor por verse detenida, no pudo menos de conmovirse ante la dulzura de la niña, y comenzó á enseñarla con la mejor voluntad, hasta hacer de ella una hábil costurera.

Entre tanto la hermana mayor se dedicó á bailar en el teatro; su tío, arruinado por su hermano, el Padre de la Mariscalía, sin saber tampoco cómo ni por qué, hubo de aceptar el hecho como una necesidad, y se consagró á cuidar de su sobrina. Hombre de carácter sencillo y tímido, no pareció muy afectado por la pérdida de su fortuna, limitándose á vivir con la mayor economía. En sus buenos tiempos había sido un mal músico aficionado; y al perder su capital dedicóse á tocar el cornetín de pistón en la orquesta del mismo teatro donde su sobrina bailaba, por lo cual se impuso el deber de servirla siempre de acompañante.

A fin de que la hermana mayor pudiera ganar tranquilamente sus muy modestos honorarios sin que su padre lo supiese, la hija de la Mariscalía debió proceder con sumo tacto.

—Fanny no podrá por ahora permanecer con nosotros—le dijo un día,—aunque estará diariamente algunas horas, pues se va á vivir con el tío en la ciudad.

—Me asombras—dijo el padre.—¿Y por qué este cambio?

—Creo que el tío necesita alguien que le acompañe y que le cuide.

—¡Que le acompañe y le cuide! ¿Cómo se entiende, si Federico está aquí todo el día, y le cuidas tú bastante?

—Es verdad, pero advierta usted que siempre será mejor para Fanny no estar de continuo aquí, porque al fin no nació aquí, como yo.

—Vamos, Amy—replicó el padre,—no me explico tu razonamiento, aunque es natural que á Fanny le guste el paseo y á tí también; de modo que vosotras y el tío podréis hacer lo que mejor os parezca; no me mezclo en nada, ni debéis ocuparos de mí tampoco.

Era también necesario arrancar á su hermano Tip de la prisión, cosa bastante difícil para Amy, pues el joven tenía ya dieciocho años y mostrábase dispuesto á vivir al día hasta los noventa. Desgraciadamente no fué á ocupar la prisión nin-

guna persona que pudiera enseñarle un buen oficio, y la niña Dórrit debió apelar á su padrino para que la ayudara.

—Padrino—le dijo un día,—¿qué será de ese pobre Tip en este recinto de la cárcel?

El joven se llamaba Eduardo, nombre cuyo diminutivo era Ned; pero sin saber por qué, todos habían dado en llamarle Tip.

El carcelero había formado ya su opinión sobre cuál sería la futura suerte del pobre Tip, sin temor de engañarse; y en su deseo de evitar que su pronóstico se realizase, preguntó al joven indirectamente si no sería provechoso para él ofrecer sus servicios al país, vistiendo el uniforme rojo. Tip le dió las gracias, diciéndole que prefería no servir á su patria.

—Hija mía—dijo el carcelero á su ahijada;—no quiere servir; pero algo se ha de hacer con ese muchacho. ¡Trataré de colocarle en casa de un abogado!

—Se lo agradecería mucho, padrino.

Desde aquel instante, el carcelero no anduvo ocioso, dirigiéndose á los abogados y escribanos que iban continuamente á visitar á varias personas de la Mariscalía, para ver si podía colocar á Tip. Fué tal su perseverancia, que al fin obtuvo una plaza de escribiente, aunque con poco sueldo.

Tip languideció seis meses en un juzgado de Clifford's-Inn; pero al cabo de este tiempo volvió un día á la prisión con las manos en los bolsillos, y dijo á su hermana que no volvería á la oficina.

—¡Que no volverás!—repitió la pobre Dórrit, que en medio de sus cuidados contaba un poco con el auxilio de Tip.

—Estoy tan harto—contestó el joven,—que me he despedido ya.

Tip se cansaba de todo, y por más tentativas que su hermana hiciese, siempre volvía á la prisión para holgazanear y vivir con las sobras de la señora Beaugham, á quien consideraba como una segunda madre.

Valiéndose siempre de su padrino, el carcelero, la pequeña Dórrit colocó sucesivamente á su hermano en un almacén, en una casa de comercio, en un escritorio, en una fábrica de cerveza, en la oficina de un agente de cambio, y en otros varios centros; mas apenas entraba Tip á prestar sus servicios en cualquiera parte, cansábase al punto, y volvía á decir á su hermana que se había despedido. Hubiérase dicho que la Mariscalía era para él un centro indispensable que le atraía poderosamente, y que no le era dado vivir á su gusto sino entre

los presos. Sin embargo, su valerosa hermanita tenía tal empeño en salvar á Tip, que á fuerza de privaciones y de trabajo pudo reunir la cantidad necesaria para pagar su pasaje al Canadá. La madrecita, que así podemos llamar á la niña Dórrit, tuvo mucho sentimiento al separarse de su hermano, pero por otra parte alegróse con la idea de que al fin le haría entrar en vereda.

—Dios te bendiga—le dijo al despedirse;—no te enorgullezcas demasiado si adelantas en tu carrera.

—No tengas cuidado—contestó Tip.

Al día siguiente marchó; pero lejos de dirigirse al Canadá, detúvose en Liverpool; en su trayecto hasta este punto resolvió despedirse, y al cabo de un mes presentábase ante su hermana con la ropa hecha pedazos, descalzo y más cansado que nunca.

Tip volvió de nuevo á vivir á costa de la señora Beaugham, pero esto duró poco tiempo; él mismo se buscó una ocupación, y anunció la gran noticia á su hermanita.

—Amy—la dijo,—ya tengo colocación.

—¿De veras, Tip?

—Pierde cuidado esta vez, que todo marchará bien; ya no deberás inquietarte por mí, viejecita mía.

—¿Qué colocación has encontrado, Tip?

—¿Conoces de vista á mi amigo Singo?

—¿Te refieres á aquel hombre que llaman el *marchante*?

—El mismo; el lunes próximo quedará libre, y me llevará consigo.

—¿Qué mercancías vende, Tip?

—Caballos. No tengas cuidado, Amy; todo irá bien.

Tip se perdió de vista durante algunos meses, y su hermana no recibió noticias de él sino una vez sola. Poco más adelante circuló entre los presos más antiguos el rumor de que se había visto á Tip en Moorsfields, asociado con unos estafadores. Una tarde, la tierna Dórrit trabajaba junto á la ventana, aprovechando la última luz del crepúsculo, cuando Tip abrió la puerta y entró.

La joven le abrazó cariñosamente, felicitándole por su llegada, pero no le hizo la menor pregunta. Al verla inquieta y atemorizada, el joven pareció arrepentirse.

—Mucho temo, que ahora te enfades de veras. ¡Palabra de honor!

—No digas eso, Tip, porque me afliges. ¿Con que estás aquí otra vez?

—Ya lo ves.

—Como no esperaba que la colocación pudiera convenirte mucho tiempo, tu vuelta me extraña menos y no me causa tanta pena.

—¡Ah! no te lo he dicho todo.

—¿Cómo todo?

—Vamos, no te asustes, Amy. He vuelto, como ves... pero ahora hago mi entrada aquí con diferente condición; ya no debo figurar en la lista de los voluntarios, porque estoy incorporado á las tropas regulares.

—¡Oh! Tip. ¿Quieres decir que estás preso? ¡No puede ser!

—Pues si no me entiendes á media palabra, no sé cómo decírtelo. Me encierran por cuarenta miserables guineas.

Por la primera vez al cabo de tantos años, Amy sucumbió al peso de tan ruda prueba; elevando las manos al cielo, exclamó que su padre moriría de pesar cuando lo supiese, y al pronunciar estas palabras cayó desvanecida á los pies de aquel mal hijo.

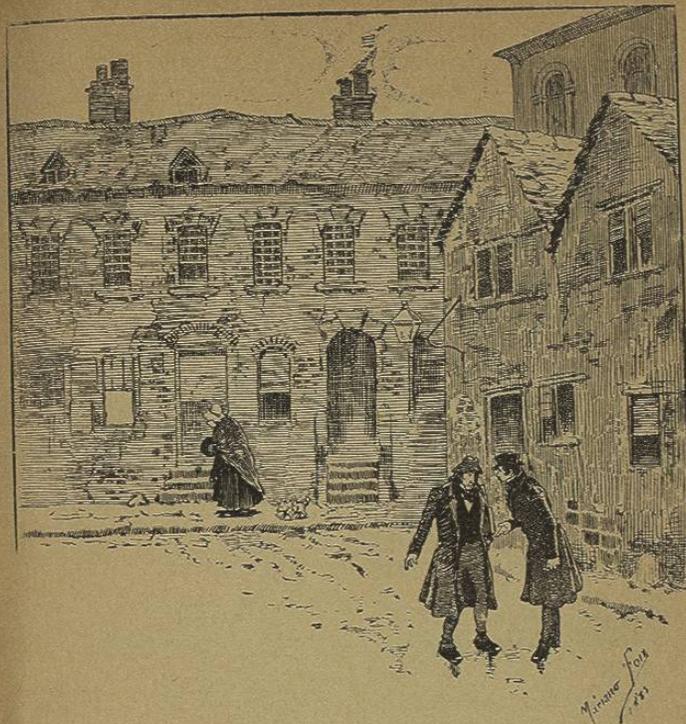
Tip no comprendía que su padre pudiera recibir tan gran disgusto por lo ocurrido; y sólo por contentar á su hermanita accedió á las instancias de ésta, unidas á las de Fanny y del tío, prometiendo no decir una palabra á su padre sobre el verdadero motivo de su vuelta. Los presos, que comprendían mejor que Tip la necesidad de aquel piadoso engaño, guardaron también el secreto.

He aquí la existencia, he aquí la historia de la hija de la Mariscalía hasta la edad de veintidós años. Profesando un afecto sin límites al mísero y vetusto edificio que era su patria y su domicilio á la vez, pasaba y repasaba después por aquella cárcel con timidez y temor, porque su instinto de mujer decía que se la enseñaba siempre como una curiosidad á los nuevos presos. Desde que trabajaba fuera había creído necesario no decir dónde vivía, yendo y viniendo con todo el secreto posible entre la ciudad libre y la verja de hierro, fuera de cuyo recinto no había dormido una sola noche desde que vino al mundo. Este misterio, de que se veía obligada á rodearse, aumentó su timidez natural, y su ligero paso y su talle de niña parecían deslizarse contra su deseo por las populosas calles que debía atravesar.

Harto conocía las miserias y necesidades de la vida, pero en todo lo demás era tan inocente como en su primera infancia; sí, era pura é inocente en medio de aquella niebla que rodeaba á su padre, en medio de las turbias aguas de aquel

río viviente que se deslizaba á través de la prisión, renovándose sin cesar.

He aquí la existencia, he aquí la historia de la niña Dórrit quien, en el momento que nos ocupa, regresaba á su hogar, la Mariscalía, en una triste velada de Septiembre, seguida á distancia por Arturo Clennam, y después de un ligero rodeo desaparecía como una sombra, franqueando la verja exterior y el patio de la prisión por deudas.



CAPITULO VIII

La cárcel

Arturo Clennam se detuvo en medio de la calle, esperando á que pasase cualquiera para preguntarle qué sitio era aquel: cruzaron varias personas sin que las interrogase, porque su aspecto no prometía una respuesta cortés; pero al fin se decidió, al ver á un anciano que se dirigía hacia aquel sitio.

Este hombre, encorvado bajo el peso de los años, avanzaba lentamente, preocupado al parecer, y su aspecto era bastante pobre. Vestía un levitón muy largo, que en otro tiempo debió ser azul y que ya blanqueaba por las costuras; llevaba una corbata vieja de terciopelo que le ocultaba casi la parte inferior del rostro; el sombrero, muy sucio y grasiento, tenía las

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1944. 1625 MONTERREY, MEXICO